

LUNA



LUNA

AÑO I

NOCHE DEL 3 AL 4 DE DICIEMBRE DE 1939

NUM 2

Sumario

EL FRACASO DE LA GENERACION DEL 98, por ANTONIO DE
LEZAMA. GUADALUPE (CUENTO), por AURELIO ROMEO
LOS PRIMEROS DIAS, por PABLO DE LA FUENTE. LUCHA
DEL PENSAMIENTO, por JOSE CAMPOS. ESPAÑA EN EL
TORMENTO. DIALOGO DE LAS MADRES, por SANTIAGO
ONTAÑON. NOTAS POLITICAS. ISIDORO MAIQUEZ, por
EDMUNDO BARBERO

Cuaderno de Poesia
PABLO NERUDA

NOTAS DE LECTURA por A.deL. y J.C.

AMU

AMU

38

EL FRACASO DE LA GENERACION DEL 98.

PLEYADE en que figuraban las mas altas mentalidades, representó en España como un resurgir de valores y calidades tras de largos años en que el cerebro español aparecía como embotado y vacío.

De una decadencia en el pensar y el sentir de las generaciones posteriores a la primera revolución española se saltaba, pisando en el trampolín del desasosiego espiritual, al renacimiento representado por una juventud ansiosa de cultura y pregonera audaz de incontenibles rebeldías.

Ni es ocasión, ni sitio ni lugar para hacer un estudio, que, además, no sería original, sobre los hombres, vicisitudes y contenido del 98, fecha que señala, indudablemente, un hito en nuestra historia, pero cuya brillantez acaso, y desde luego su ética, superó con mucho la generación, mas consciente y menos improvisada, del 900.

Solo quiero hacer observar, y solo consignaré los nombres, algunos gloriosos, que hoy hacen ruborizar de vergüenza y de tristeza.

Si una época tiene siempre nota característica, la del 98, año de desastres y envilecimiento, de negocios turbios y mediocridades imperantes, es, a mi entender, el ambicioso arrivismo.

Momentos de crisis nacional, y aun me atrevería a decir que universal; días de marasmo y estancamiento, la juventud que nacía a la vida pública comenzando su formación universitaria o haciendo sus primeras armas en los campos yermos de la literatura, las artes y la política; reaccionó fuertemente contra la asfixia que amenazaba ahogar a España. Fue-

ron los días y los hombres cuya culminación gloriosa representan Costa, Ganivet, la Unión Nacional y algunas otras figuras y hechos en los que la angustiada patria veía una iluminada esperanza de regeneración.

El Ateneo, ánfora que siempre ha recogido todas las esencias y todas las inquietudes, se vió invadido por la muchachada díscola, alborotadora, irreverente, anárquica que clamaba con inusitada violencia contra las ñoñeces y que llevaba su afán iconoclasta a negar los mas altos valores de la raza, las virtudes hasta entonces intangibles, las sagradas instituciones base de la sociedad.

La prosa, los versos y la elocuencia, desatados no respetaban nada ni ante nada se sobrecogían. Era como una pugna de rebeldía y extremismo. Y como la rebeldía y el extremismo son siempre fecundos una y otro plasmaban en bellísimos libros y en admirables rimas.

España, alborozada, se pensaba ante un horizonte de glorioso porvenir, ante las llamaradas purificadoras de cerebros capaces de destruir todo lo podrido, de derribar el infecto caserón para levantar sobre el solar magnífico de la raza el fuerte castillo de su grandeza.

Especulativos más que hombres de acción, presas de la codicia mezquina más que de la ambición ilusionada, atentos al presente sin saber clavar desinteresadamente la vista en el futuro, muchos, la mayor parte de quienes integraban aquella pléyade se fueron acomodando a las circunstancias, unos con rápida conversión que sonrojaba a sus propios camaradas, y los demás, con un paso mas tardío pero con idéntica desvergüenza e ignominia.

"Azorín", el pequeño filósofo, el inquietante anarquista, cambiaba la sociedad con los desmelenados y pavorosos correligionarios por la amable camaradería con los privilegiados de frac y engomados bigotes. De Bakunin saltó a D. Antonio Maura y D. Juan de la Cierva. Lo pasado era miseria, persecución y angustia. Lo presente equivalía al acta, el lujo y la Academia.

Ramiro de Maeztu, aun mas rojo en incendiario, hacía estremecer a los contertulios y asombraba a sus lectores cuando tachaba de vergüenza nacional a D. Francisco de Quevedo, cuando lanzaba las mas inmundas blasfemias o cuando ni ante la figura sagrada de su propia madre se detenía para hacer gala de inmoral escepticismo. Pasan los tiempos y el demagógico y lu-

ciferino Ramiro de Maeztu viene a trocarse en adalid de las mas antitéticas ideas, arrodillándose ante altares y tronos e instituciones, no en actitud de reverencia y rezo sino como se arrodilla un limpiabotas con alma de proxeneta.

Manolo Bueno, envuelto en su elegancia de cínico Alcibiades, no sabe mantener siquiera el buen tono y al aburguesarse se mancha con la grasa del banquete de la vida en el que es eterno parásito.

Baroja, el primer novelista de nuestro tiempo, que no tiene ni aun la disculpa de la lucha por la vida resuelta desde su cuna y la trastienda de sus panaderías, se hace germanófilo y por una mezcla de soberbia y miedo coquetea con el fascio.

Madariaga, el sociologo, el hombre de la Sociedad de Naciones, cuando alcanza la cumbre, a la que acaso no debiera llegar, se rinde a no se que secretas ambiciones o incomprensibles cobardías.

Manuel Machado, alma de histrión, borracho de vino plebeyo, rompe un pasado y desata los lazos frater-nos que le unían al genial Antonio para cantar al general Moscardó y al Gran Pigmeo.

Perez de Ayala, enamorado, en un absurdo narcisismo, de sus escuálidas pantorrillas con medias de seda de su uniforme de Embajador y con la obsesión torpe y fea del dinero que a tantas vilezas le ha llevado, claudica tambien para hundirse en el cieno del anonimato.

Mariano Benlliure, cuyo estudio fue siempre posada amorosa para el general Primo de Rivera, igual que mas tarde, para conciliabulos revolucionarios, sigue plasmando en barro a todo aquel que le pueda servir de algo: el Dictador, el Presidente de la República, el torero de moda o el Caudillo. La cuestión es no romperse de hambre los cuernos, que, como dijo un poeta famoso y desgraciadísimo marido, duelen al salir pero luego sirven hasta para comer.

Benavente y los Quintero pagan delicadezas de los revolucionarios con arañazos de invertidos y almas ruines.

Melquiades Alvarez, verbo de la Democracia, gala de la Masonería, modelo de ética política, se abraza con Gil Robles y de ídolo de la masa se convierte en un guiñapo ensangrentado que inmola el pueblo.

José Ortega y Gasset, el espíritu exquisito, la cumbre de nuestra intelectualidad, aunque en el fondo no sea sino el genial corruptor de la juventud española, cuando un potentado le invita a su mesa, siquiera el

anfitrión sea el degenerado duque de Alba, va a saciar su vanidad con las sobras de una cocina aristocráticas y reconoce con su propia firma "el sentido reverencial del dinero", que es esputo repugnante de un cerebro podrido moralmente y afirmación que algunos achacan a Maeztu. Tanto monta...

Y cierro esta triste lista, que pudiera hacer interminable, con el nombre augusto, que mancharon la cobardía, de D. Miguel de Unamuno. Paradoja viva, egolatría, terquedad abúlica, el Maestro en quien todos nos mirábamos y a quien todos rendíamos emocionado culto, claudica también en los años que son corona de la vida y vértice sagrado. Pero hay una justicia inmanente, que no es otra cosa sino el resultado de la conducta, y el gran desertor sufre el castigo de ver como ante él, y no solo ante él sino ante toda la turba de intelectuales traidores, se alza, como un pelele que agita una manga vacía y muestra un ojo hueco como su cerebro, ese Capitan Rodomont de Millán Astray como un escupitajo a su falsía su ¡muera la inteligencia!, que es como el grito de guerra del fascismo.

¡Pobre D. Miguel! ¿En que horizonte lejano tendrías su pensamiento cuando escribió:

"Leer, leer, leer, ¿seré lectura
mañana también yo?
¿Seré mi creador, mi criatura?
¿Seré lo que pasó?"

No. Tu enorme pecado, como el enorme crimen de los demás que, como tu, traicionaron, no lo castigamos los rojos con índices y hogueras, y con serenidad inteligente, aunque con la natural tristeza, seguiremos leyendo tus libros y tus versos de maravilla, como admiraremos los ensayos de Ortega y Gasset, las comedias de Benavente o las novelas de Baroja.

¿Para qué mas castigo que el que vosotros mismos os habeis dado?

Antonio DE LEZAMA

GUADALUPE

(CUENTO)

Guardate Alfonso, que te lo digo por tu bien. Atale corto a la Guadalupe, que ese Stewart te la anda poniendo los puntos y le ha metido cuervos en la cabeza y ella... ¡Mal dito sea el toro colorado!

José animó a la yegua y en dos brinco se plantó delante de la res desmanada. Caracoleando delante la hizo volver al rebaño. Alfonso le contemplaba mordiendo la uña del pulgar. Estaba pálido. Solamente sus ojos revelaban la tempestad que llevaba dentro.

-Ella, te decía, ya sabes que le gusta pintarla y como el mozo es el que talla ahora...

-¡Calla! Fué como el restallar de un látigo. Los caballos interrumpieron su silenciosa plática, volviendo la cabeza al tiempo que, asustados, giraban las orejas.

-¡Calla, te digo! ¿Qué sabes tu de la Guadalupe ni de...nadie? ¿Por qué mientes?

-No miento. Tu sabes bien que no miento nunca. También José se quedó blanco de cólera. Le temblaba el mentón y su mano derecha apretaba desesperadamente las bridas.

-No has mentido nunca...pero ahora sí

-¡Alfonso! Inició un movimiento para cerrar aún mas la distancia entre ellos

-¡Mientes, mientes!- y de un revés, con la fusta del látigo vaquero le cruzó la cara. José cayó a tierra sangrando por un tremendo corte.

-No miento, repitió machacón- Que me muera ahora mismo si no es verdad lo que te digo. Tu sabes que la quiero tanto como tu puedas quererla, pero es a tí a quien corresponde...

-Pues cierra la boca de todas maneras. Es verdad, eso es cosa mia...y de ellos. No te metas donde no te llaman.

Estremecido de rabia, aplicó las espuelas al caballo que dando un relincho de dolor, salió disparado.

José, sin cuidarse de secar la sangre que le corría, entrándosele por el cuello de la camisa, le gritó:

-¡Cobarde...Si fueras un hombre, tu ya sería para siempre esa mujer. Poco te ha de durar. Las hembras gustan de los machos bravos que todo lo juegan a una carta. Ellos te devolverán estegolpe y sangrarás, pero tu sangre será blanca, ¡blanca! ¿lo oyes? ¡Y te saldrá por los ojos!

Seguía gritando en vano. Alfonso casi no le había oído. Pronto se encontró al otro lado del cerro. Su furia no habia desaparecido. Había pegado con el alma entera, deseando hundirle en la tierra. En ese momento le odiaba, a su camarada, a su mejor amigo, el compañero de sus noches de fatigosa cabalgada aballando el ganado. Juntos llevaban trabajando muchos años. Y su cólera era mayor porque tenía la certidumbre de que José no mentía. Eran verdad sus palabras. Guadalupe se alejaba de él por culpa de aquél gringo americano, va

43

quero como ellos, pero mas blanco, mas alto, que se pegaba al caballo como si formasen un solo cuerpo. Todas las muchachas del contorno suspiraban por bailar con él los domingos, pero solo Guadalupe era la escogida. Si, era un cobarde. ¿Por qué no le habia provocado y arreglado el asunto a tiros? Ningún Juez hubiera sido capaz de condenarle. Pero tenía miedo. El americano era mas agil que él sacando el revolver. No se atrevía a matarle por la espalda. Los hombres del pueblo, aunque odiaban a Stewart, le hubieran arrastrado. Y Guadalupe...

Seguía el caballo su trote largo y a poco vió el reflejo del sol en el tejado de pizarra de su casa. Creció su rabia y fustigando al animal emprendió una desenfrenada carrera. Nunca le habia tratado tan cruelmente, ni aun en los dias interminables, sin descanso en que cruzaban la cordillera llevando a embarcar el ganado.

Llegó al porche, tiró de la brida sin piedad y bajando de un salto entró en la casa. El tordo, libre, se encaminaba al pilón intentando lamer sus heridas. Llevaba los ijares y la boca sangrando.

-¡Guadalupe! ¡Guadalupe!

Se abrió una cortina. Ella estaba de lante de él. Alzó el látigo, sin llegar a descargar el golpe.

-¿Donde está ese...amante tuyo, hija de mala madre? ¡Puerca!

-¡Alfonso!

Mas hermosa que nunca, brillandole los ojos negros de indignación, le desafiaba. El pelo, libre, le caia sobre los hombros y Alfonso se dió cuenta de que tenía sueltos los cintillos de la blusa. Ella adivinó su pensamiento.

-¿Qué imaginas? ¡Estoy sola!

Se abalanzó hacia ella.

-¿Lo ves? Estarías acostada con él, a hora mismo, creyendome en el llano con el ganado.

-¿Qué dices? ¿Te atreves...?

-¿Está ahí? Con un gesto rápido llevó la mano al costado y sacó el revolver.

-¡Déjame pasar!

-¡No, Alfonso, no! No hay nadie...Te

lo juro...

-¡Quita de ahí!

-¡No!

Extendió el brazo izquierdo, la cogió por el pelo y dió un feroz tirón. Guadalupe cayó al suelo, a sus pies. Con su cuerpo estorbaba el paso. José pasó el revolver a la mano izquierda y con el rebenque comenzó a golpearla. Ella dió un grito de dolor.

-¡Apartate o te mato a palos a ti tambien!

Guadalupe comprendió que él estaba llegando al límite de la desesperación. En lugar de suplicar, se hizo a un lado.

-Pasa, si eres hombre. Anda, pasa. El está ahí, en tu propia cama...¿lo oyes? ¡Atrevete! Mira, ya viene hacia aquí...

Alfonso dió un paso adelante y no dió el segundo. Con los nervios en tensión escuchaba el menor ruido. No pudo mas. Disparó una, dos, tres veces, a través de la cortina.

-¡Bill!, oyó decir a Guadalupe. Volvió la cabeza y en el umbral de la puerta, apoyado en el quicio, estaba él.

Alfonso se quedó clavado en el suelo.

-Por esto te he de matar. La has pegado. Creí que habias tirado sobre ella: si lo hubieras hecho ya no vivieras. Eso sales ganando. Ahora tienes la oportunidad de liquidarme a mi. Te doy ventaja, tira tu primero, pero procura acertar...

Alfonso no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo. ¿No habia dicho Guadalupe que él estaba allí, en su misma cama? ¿Cómo aparecía Stewart por la puerta de entrada? ¿Habría saltado por la ventana? Pensó ir a ver si estaba abierta, se movió...

-¿Donde vas? Estate quieto porque si no juegas limpio entonces si que te mato sin mas historias.

Lentos, en silencio, pasaron unos segundos. Alfonso no llevaba la cuenta mas que de los latidos de su corazón. Seguramente se debían oír fuera de la casa. Stewart, sin perderle de vista se fué acercando a Guadalupe.

-¡Levanta!...y vete a tu cuarto. Ahora iré yo.

La sangre, por un instante le subió



ogió
ua-
on
asó
on
la
tam
a
ión
la-
El
res?
í...
dió
sion
as.
vés
Vol-
puer
...
uelo.
pe-
e -
ri -
nes
Te
pro
que
Gua
isma
a
por
oa a
e si
e ma
s se
ta
ón.
la
tase
Aho
bió

45

a la cabeza ante el insulto de Stewart. Luego, bajó lentamente el arma. El americano se acercó y de un manotazo le quitó el revolver y lo tiró por la ventana. Guardó el suyo.

-Para llevar estas cosas, como para tener mujer, hay que ser hombre y tú eres una comadreja. ¡Vete, largo de aquí! No creas que esto se ha terminado. La has pegado a ella, ¿entiendes? Te he de buscar, aunque te escondas te encontraré. No te mato aquí por ella.

A empujones le llevó hasta la puerta. Cerró de un golpe.

Al volverse, Guadalupe estaba junto a él. Su boca se le ofrecía entreabierta. Los hombros, que la blusa desabrochada dejaba escapar, estaban velados por el pelo suelto. La besó.

La cortina cayó detrás de él llevándolo en sus brazos a Guadalupe.

...

En muchos días Alfonso no bajó al pueblo. Con la pierna atravesada sobre la silla y el rifle en la mano, observaba atentamente la menor nube de polvo que aparecía en el llano. Mas de una vez se sujetó en la montura con el arma preparada. El ganado, descuidada su guarda se esparcía, hasta que una voz de José le volvía a la realidad. Solo fue al pueblo cuando el bayo le dió una coz.

Sin preguntarle nada, José, adivinaba lo que le ocurría como adivinó lo que sucedió aquella tarde, cuando volvió pálido como la muerte, sin el rebenque, cuando le vió limpiar el revolver. Al principio creyó que era humo de pólvora lo que negreaba sobre el metal. Luego vió que era arena.

Por la noche, cuando las reses setumaban buscando el abrigo contra el viento, poniéndose muy juntas, y ellos se sentaban ante la hoguera donde se calentaba el café, José observaba a su compañero, le veía sufrir. Sus ojos le delataban. Fruncía la frente, tratando de llegar a una solución, mas no debía lograrlo. Movía la cabeza, como negando y se levantaba. Daba unos pasos en la oscuridad, no muchos. Apenas se aleja

ba de la lumbre y siempre lo hacía llevando el rifle. Tenía miedo. Cuando no se despertaba al amanecer, al llegar el momento en que la vida comenzaba de nuevo, José prefería no llamarle. Una o dos veces lo hizo, dándole un golpecito como acostumbraban antes, y Alfonso se levantó de un salto, despavorido. Y no fueron pesadillas porque entonces dormía muy tranquilo. Otras noches, sí. Se resolvía en las mantas y se le oía hablar bajo, muy bajo, como si temiera que alguien le oyese. Por la mañana estaba descajado. Lo primero que hacía era comprobar que el revolver seguía en su cinturón, que el rifle tenía toda su carga en la recámara.

Una noche, Alfonso se incorporó en la manta. La hoguera estaba casi apagada y apenas se veía a cuatro pasos. José estaba dando la vuelta al valle, vigilando, buscando alguna res que pudiera haberse escapado. Oyó el ladrido del perro muy lejos.

Ensilló el caballo y tomándolo de la brida se alejó perdiéndose en la sombra.

Galopó largo rato. El caballo quería seguir la senda que conducía al pueblo. Alfonso le obligó a abandonarla. Se detuvo a cierta distancia de las primeras casas. Sacó una piel curtida y la partió en cuatro pedazos, y con ellos envolvió los cascotes del animal. Volvió a montar y al paso, reemprendió el camino.

Hizo alto al llegar a una casa separada del pueblo. Sin atar el caballo, observó los alrededores y luego, sin hacer ruido se acercó al pabellón que servía de cuadra. Se asomó. Estaba vacía. Volvió sobre sus pasos y ató el caballo a una rama. Volvió a la cuadra. Entró.

Tuvo que esperar un buen espacio de tiempo. Al fin pudo escucharse el andar pausado de un caballo dirigiéndose a la casa. Los golpes sonaban irregularmente debía faltarle una herradura. Cuando estuvo mas cerca se distinguió el tintinear de espuelas. Alfonso maldijo de su imprevisión. Debía haber envuelto la cabeza de su caballo: así, podía oler la presencia del otro animal, podía relinchar. Ya no tenía remedio.

Apareció una sombra en la puerta, debilmente recortada contra el azul negro de la noche. Se alzó un brazo y resonó

un golpe seco. El recién llegado se desplomó inerte. El caballo dió un salto atrás y quiso escapar, pero una mano firme le sujetaba y tuvo que ceder. Sin meterlo en la cuadra, Alfonso lo aseguró, impidiéndole la huida. Volvió a entrar. A poco se pudo percibir el choque de metal contra madera. Un gemido salió de la cuadra. El caballo enderezó las orejas y se puso de manos; empezó a cocear y relinchó tristemente. Otro golpe, idéntico al anterior. El animal, de un tirón desesperado, rompió sus ataduras y desapareció.

Alfonso llevó su caballo hasta la puerta de la cuadra. Cruzó sobre la silla el cuerpo de Stewart, montó y picó espuelas. Aunque los pasos del caballo casi no metían ruido, dió un rodeo para no pasar por el pueblo.

...

Un fuerte repiqueteo en la ventana despertó a Guadalupe. Vaciló, luego se levantó. Se dirigió a la ventana y al abrirla cayó dentro de la habitación el cuerpo de un hombre.

Dió un grito de horror, y a tientas, vacilando, encendió una luz.

De bruces en el suelo, yacía Stewart. De la cabeza le fluía un hilo de sangre. Guadalupe se arrodilló junto a él y entonces vió con espanto que tenía los dos brazos cortados por encima del codo. Dos correas, muy apretadas, contenían en parte la hemorragia. Sintió espanto y repugnancia a la vista de las salvajes mutilaciones. Si aún tenía alguna duda, aquellas correas la disiparon: ella las conocía muy bien, con sus manos las había trenzado para adornar los zajones de Alfonso.

-¡Fiera cobarde!- murmuró y como loca se abrazó al cuerpo insensible.

...

Era la decima jornada que José cabalgaba siguiendo las huellas de Alfonso. No le había vuelto a ver desde la noche en que desapareció del llano, cuando de vuelta de la ronda, encontró la hoguera

apagada y desierto el lugar.

Alarmado, sospechando que algo espantoso iba a suceder, montó de nuevo y trató de alcanzarle. Pero su caballo estaba cansado y fresco el de Alfonso. Cometió el error de dirigirse primero a casa de Stewart. En el camino se cruzó con un caballo sin jinete lanzado al galope. Un presentimiento le sobrecogió. Le costó trabajo apoderarse de la bestia, asustada, enloquecida. Cuando lo consiguió y vió que no era el de Alfonso dió un suspiro de satisfacción. Pero no le era desconocido aquél animal. Su estampa le era familiar. Miró la montura y no se paró a más. Corrió hasta la casa. Todo estaba en orden, allí no había habido lucha. ¡La cuadra! Como un relampago se imaginó la escena. Ahogándose de indignación, de pena por su amigo, por el americano, por Guadalupe, entró en el pabellón. Encendió una cerilla. Se inclinó. Apoyada en un leño estaba la hacha que los dos, Alfonso y él, utilizaban para partir la leña en el campamento. La cogió. Estaba llena de sangre. Miró en torno. No había tampoco signos de lucha y solo había sangre en cima del madero. Y ningún cadaver.

Otra galopada, atravesando el pueblo, le llevó hasta la puerta de Guadalupe. Vió luz en una de las ventanas. Atravesó la puerta con la muerte en el alma.

-¡Guadalupe! Tropezando con todo cruzó las habitaciones. Abrió el dormitorio de ella. Una lámpara de gasolina alumbraba la estancia y a primera vista estaba vacía. La ventana abierta atrajo su atención. A zancadas fué a cerrarla.

-¡Guadalupe!- repitió y al dar la vuelta, entre la pared y el lecho vió los dos cuerpos inmóviles. La cogió en vilo y la depositó en la cama. ¡Estaba viva! Pensó que estaba herida. No, era sangre de él.

Volvió el cuerpo del hombre. No le sorprendió reconocer a Stewart. Lo esperaba. Tampoco había muerto el desdichado. La sangre, estaba coagulada en los muñones y tan solo escasas gotas se desprendían.

Después de frotar la frente de Gua-

44
dalupe, la hizo volver en sí. Se estre-
meció ella advirtiéndole el bulto, tapa-
do con una manta hasta el cuello.

-José, ¿está muerto?

-Mas le valiera. Hay que sacarle de
aquí, llevarle a su casa. Le dejaré en
la cuadra, donde...

-¡pero se va a morir si le dejamos
solo!

-No. Serán unos momentos. Lo que tar-
de en avisar a los rurales.

Y tú, mientras, limpia y arregla es-
to. Y procura olvidar lo que has visto

El recuerdo atormentaba a José. Iba
persiguiendo a su amigo porque quería
saber y... porque se lo había pedido e-
lla. ¡La quería tanto! Se avergonzaba
de aquellos momentos en que deseó que
Stewart no sobreviviera a sus terribles
heridas. Guadalupe hubiera llegado a
quererle.

Cada día eran mas frescos los rastros
Llevaba dos caballos y alternando en
su monta, ganaba tiempo al fugitivo cu-
ya montura iba cansada. Arrastraba una
pata trasera.

Solo debía llevarle unas horas de ven-
taja. El deseo de terminar le hacía sos-
tenerse en la silla. Estaba derrengado
El sueño iba apoderándose de él. Ya bus-
caba un lugar protegido donde acampar
por unas horas cuando allá abajo, en el
valle, vio una hoguera. ¡Tenía que ser
él! Aligeró el paso y media hora des-
pués gritaba:

-¡Alfonso! ¡Soy yo, José!

El perseguido se levantó con el ri-
fle encañonado:

-¡Levanta las manos y acercate!

José sentía que se iba adoperando de
él el afecto de su vieja amistad. Lu-
chaba entre la palabra empeñada y aquél
hombre, agotado, vencido.

-¿Que quieres de mí? ¿Para que has ve-
nido?

-Baja el rifle. Soy tu amigo, Alfon-
so, el único que tienes ahora. ¿Por qué
has hecho? Ningún hombre sería capaz..

-¡Callate! ¿A eso has venido?

-No, he venido... porque soy... eso, tu
amigo. Explicate. Estoy seguro de que
puedes explicar las cosas, dí que sí...

-¿Qué quieres que te explique? ¿No lo
has visto con tus propios ojos?

-Sí. Lo he visto. Es una salvajada.

Sí. Una salvajada, pero... cuéntame. Lue-
go nos marcharemos juntos, muy lejos,
donde podamos olvidar... No te ha segui-
do nadie mas que yo. Encontré tus hue-
llas. Les dije a los rurales que te ha-
bía oído hablar alguna vez de que te i-
rías al Sur...

Se sentaron en la manta. José atizó la
hoguera. Estaba dispuesto a perdonar con
cualquier motivo. Por otra parte, Ste-
wart curaría y él se quedaría solo, tre-
mendamente solo. Y sus noches en el lla-
no serían interminables.

Ya no tendría con quien comentar las
aventuras de las estrellas. No, no que-
ría volver.

Se levantó para hacer café. Estaban
frente a frente, como siempre. Era el
mismo cielo y las mismas estrellas. Iden-
tico fuego los alumbraba. Alfonso no se
paraba la vista de los tizones.

-¿Por qué no le mataste. Hubiera sido
mejor...

Una ráfaga de locura se reflejó en los
ojos de Alfonso. Brillaron con mas fuer-
za sus pupilas y se endurecieron sus ras-
gos.

-Esa es mi venganza, ¿sabes? No quise
matarle. Pude hacerlo. Aplastarle la ca-
beza como a un escarabajo hubiera sido
muy fácil. Pero no quise, no quise. Fué
buena idea. No se me había ocurrido has-
ta que el bayo me dió la cox en el bra-
zo. ¿Te acuerdas? Aquella tarde bajé a
casa y por la noche... bueno... ¿para qué
te lo voy a contar? Luego tuve que espe-
rar una noche oscura; no me hubieras de-
jado marchar. Y tenía que hacerlo. No
podía vivir.

Se querían, me engañaban. Yo lo sabía
Ella prefería sus brazos a los míos. Sí
...fué aquella noche cuando lo pensé. E-
ra una jugada completa. El brazo me do-
lía mucho, casi tenía roto el hueso. Te
acordarás que llevaba mucho tiempo sin
bajar a casa y... la Guadalupe... bueno ya
la conoces... no se puede estar tranqui-
lo a su lado. Yo no quería, prefería des-
cansar, pero no pude. Entonces me dí
cuenta de lo que debía hacer. Al apoyar
me, el dolor era insoportable... tuve que
renunciar. Ella me insultó, pero el bra-
zo no me dejaba hacer nada. ¿Comprendes
por qué lo he hecho?

José no pronunciaba una palabra. Sentía

que se le vaciaba el corazón, luego sus venas se hinchaban, le corría el fuego por ellas. Empezaba a hacerse cargo de los pensamientos de Alfonso. Le miraba con ojos de odio.

-¡Prefería sus brazos a los míos! Y a él le gustaba tenerla abrazada. ¡Pues que la abraza ahora! Cuando se acuesten y estén frenéticos de deseo, buscándose el uno al otro, les faltará eso, los brazos del macho... Ella se revolcará como lo que es...

-¡Alfonso!

-Déjame seguir... El, no podrá dominar la como hombre; tendrá que entregarse a ella, ¿te lo imaginas? Y aun así, no conseguirán un placer completo. Ella no podrá sentirse nunca acariciada por sus manos; él, sufrirá el suplicio de no poder acariciar lo que tantas veces...

-¿Qué vas a decir? Guadalupe no se ha acostado nunca con él, te lo juro. Níle ha permitido ir mas allá de lo que ella quería...

-¿No? Entonces, ¿por qué me dijo aquella vez que él estaba en mi casa, en mi propia cama? ¿Dí?

-Porque estaba fuera de sí. No sabía lo que hacía... mejor dicho, sí, quería verte sufrir, tu la habías pegado, la habías insultado. Sabía que eres cobarde, -le escupió las palabras- y disfrutaba pensando en tu miedo. Eso fue todo. Si Bill hubiera estado en la casa no te hubiera dejado ni tocarla el pelo de la ropa...

-No puedo creerte.

-Haz lo que quieras, no me importa lo que tu pienses. Ella es la que me importa... y él...

-¿El?

-Sí, él. Porque la quiere y ella le quiere a él.

-Por eso, por eso no quise matarle. Quiero que mientras vivan la impotencia les sirva de tortura, que me recuerden en los momentos en que mas quisieran olvidarme. Ella, acabará cansándose de él y entonces... Si hubiera muerto todo se hubiera olvidado mas o menos tarde, así es imposible mientras vivan. Querían la gloria, ahí tienen el infierno...

-Alfonso. Tu sabes como quiero a Guadalupe. Vine para perdonarte, para se -

guir juntos nuestra vida. Pero no puedo. Te cedí esa mujer, como se la hubiera cedido a él, si ella lo hubiera preferido como te escogió a tí, pero esto nó.. nó. Tu o yo sobramos, mas bien creo que tú, porque ellos necesitan ahora quien los ayude. Tu no lo has de hacer, yo sí. Tengo que volver y para volver tengo que acabar antes contigo. Podría tratarte como tu lo has hecho con Stewart, no me costaría mucho trabajo, pero yo soy un hombre, no una hiena...

...

José entró pálido, rendido por el esfuerzo. Bill, sentado en la butaca, fumaba. Se cruzó una mirada entre ambos. Guadalupe le quitó el cigarrillo de los labios, lo sacudió y volvió a colocarse lo.

Con una seña le indicó que se apartara a un lado de la estancia.

-¿Le encontrastes?

-No, no le he encontrado.

La cogió por el brazo y la llevó hasta la ventana abierta.

Afuera, cubiertos de polvo, aspeados y con la cabeza baja había tres caballos. Guadalupe se volvió. Una lágrima corrió por su mejilla.

-Gracias, José. Le besó.

-No podía encontrarle, no podía. Ahora Guadalupe me marchó. Voy al Sur. Allí podré trabajar. Vosotros, cuando Bill se restablezca podéis vivir en paz. No os faltará una ayuda en el pueblo y él aún puede montar, puede servir para guardar el ganado. En cambio, como no es fácil que pueda valerse por sí mismo no tendrá que sufrir las caminatas cruzando la cordillera cuando llegue la época del embarque. Lo tendrás siempre a tu lado. Te quiere Guadalupe. Quierele tú siempre, ya que le has escogido. Me voy. No sé hacia donde. Si alguna vez me necesitas, búscame. Darás conmigo. Adios Guadalupe.

-Adios Bill. -Instintivamente le tendió la mano. Se dió cuenta y la retiró bruscamente. El herido sonrió amargamente.

-Adios Bill. Guadalupe te contará. Me marchó para el Sur. Tengo un buen trabajo. Volveré en la primavera próxima.

49.
Guadalupe; acodada en la ventana, le
vió marchar. Ni una sola vez, la sombra
que se alejaba miró atrás volviendo la

cabeza. Los tres caballos se fueron bo-
rrando poco a poco. Sus pasos se oyeron
durante largo rato.

Aurelio ROMEO.



Fin

eron bo-
e oyeron

50



LOS PRIMEROS DIAS

EL primer deseo en aquellos días era contribuir a la derrota categórica de los sublevados. Pero, después de haber hecho todo lo posible para evitar la colaboración con los rebeldes que suponían algunas órdenes de los jefes, lanzadas por el teléfono selectivo, e informar al Gobierno de cómo las poblaciones de Castilla caían en poder de los militares, tuvimos la impresión de que había que hacer más.

Volaba un avión en las primeras luces de la madrugada y su zumbido vigilante nos impedía el sueño y nos llenaba de inquietud. No se sabía a quién pertenecían los aerodromos y habíamos visto poner sacos terreros en el Ministerio de la Gobernación. Después de muchas idas y venidas lanzó unas octavillas con el ultimatum a los que se habían acuartelado y a las siete en punto comenzó el estrépito de la batalla en el cuartel de la Montaña, contribuyendo él con gran acierto, a pesar de que la primera bomba cayó sobre nuestras vías y destruyó tres coches.

Por la fachada interior, atravesando la débil marquesina, llegaban infinidad de balas perdidas. Tuvimos dos heridos. Fue el bautismo guerrero de un edificio que acabaría siendo nuestro cuartel y un punto avanzado en la defensa de la Capital. No podíamos contener nuestra agitación. Los comités sindicales, que desde dos días antes duncionaban allí mismo, estaban tan nerviosos como el último militante. Por fin después de varias jornadas de espera, llegaba el momento de luchar, bajo las órdenes de un Gobierno decido, que había entregado su confianza y sus armas al pueblo, contra los reaccionarios y los fascistas sublevados.

Algunos no pudimos más y subimos al cuartel. Disparaba la artillería sus últimos tiros y una avalancha

humana se lanzaba al asalto. Penetramos por la parte de la izquierda. Dentro sonaban tiros a los que nadie hacía caso, como si se tratase de ejercicios cotidianos de la tropa. Una masa inmensa se repartía las armas, los cascos de acero, las dotaciones de cartuchos. Vi a uno cargar con un trípode de ametralladora que se echó al hombro y desapareció gritando con entusiasmo. Soldados, y quien sabe si alguien más, en mangas de camisa, saludaban con el puño cerrado y enronquecían dando vivas a la República. Otros tipos y algunas mujeres abrazaban cuantas botellas de anís y coñac podían llevar. Un camarada mío se adelantó a uno de ellos, esgrimiendo la pistola del nueve largo recién cogida, y le hizo dejar su carga en el suelo. El grupo que se formó al oír sus voces comenzó a machacar el botín con las culatas de los fusiles. Se empezó a gritar: "Hemos venido por armas, pero no a hacer saqueos!". Las mujeres se eclipsaron, seguramente sin abandonar su presa.

Seguían sonando los disparos. Fuimos saliendo de uno a uno por la estrecha rendija que dejaba la puerta entre el montón de cascote que la impedía abrirse del todo. Se nos acercó alguien a decirnos:

-¿Los queréis ver?. Están ahí en el cuarto de banderas.

-¿Qué?

-Un montón de oficiales muertos, creo que se han matado ellos mismos.

Se marcharon los demás. Yo no quise ir. Ya había encontrado el cadáver de un sargento en la esplanada de la entrada y no me agradaba seguir viendo muertos en aquella mañana de sol y alegría. Salí al fin. Sobre el traje llevaba puestas las cartucheras y, colgando, un fusil. Desde un grupo de los que llegaban se me quedaron mirando. "Mira ese", dijo uno señalándome. Podían tomarme por un fascista que se escapaba y entonces estaba perdido. Opté por dirigirme recto hacia ellos y como sin advertir su examen. Me abrieron paso sin decir una palabra más.

Volví a la estación, a dónde iban llegando todos, cada cual por su lado.

HACIA LA SIERRA

!Algo más!, !Hay que hacer algo más!. Ya teníamos armas. Pues, con ellas preparadas, a lanzarse vía adelante hasta donde no se pudiera pasar ya. Se prepara-

ron rápidamente dos automotores y, a las diez, salimos hacia la sierra. Uno llegó a Cercedilla y el otro a Navalperal. Yo fui en el primero. Por las carreteras, en los pasos a nivel, nos miraban con extrañeza grupos de hombres armados con escopetas de caza. Eran las milicias de los pueblos. Sacábamos entonces nuestros banderines rojos y se animaban sus rostros y nos saludaban con entusiasmo. Sin duda era la primera noticia que tenían de la victoria de Madrid.

En Cercedilla dudaban aun. Una mujer, aun joven y bien vestida, vino a nosotros muy agitada. Entrecortándose al hablar nos dijo:

-¿Verdad, hijos, que ha caído el cuartel de la Montaña? Aquí dicen algunos que es mentira lo de la radio.

-¿Quién dice eso?. Mire, estas armas y estos correajes con de allí

-¡Que alegría!, ¡que alegría!, se fue diciendo.

Volvió al poco rato con una chica mas joven trayendo una garrafa de la que sacaban vino a un porrón.

-Tomad, hijos, ¡que alegría!. Ahora verán todos esos señoritos carcas.

Y nos iba sirviendo vino. De repente una idea le pasó por la cabeza. Arrebató el porrón de las manos del que estaba bebiendo y se echó un gran trago.

-Para que veais, para que bebais con confianza. Yo tambien he bebido.

Nos miramos riendo. Lo que son capaces de pensar las mujeres. Ninguno habíamos imaginado, ni por un momento en que aquel vino pudiese haberlo preparado para hacernos reventar.

Se dieron las instrucciones para el desarrollo del servicio. Se consultó con Madrid y nos ordenaron regresar.

Aquella mujer nos despidió con el puño en alto gritandonos "¡salud!, camaradas" hasta que nos tragó el tunel

¡HAY QUE HACER MAS!

¡Hay que hacer más!. Ya esta organizado el servicio. Todo el mundo trabaja en sus puestos. Una depuración con un sentido tal vez excesivamente liberal ha eliminado solamente a los reaccionarios mas señalados. Los demas se mueven con mayor diligencia cuanto mas

54

se consideran sospechosos.

Los trenes salen como de costumbre. Se implanta un servicio fijo a Navalperal y aquél último tren de cada día, medio militar, medio civil, lleva todas las tardes material y hombres a las columnas de la sierra. Las Milicias Ferroviarias tienen su primer cuartel en la propia estación. Patrullan en los trenes y guarnecen el blocao de traviesas y sacos terreros que se ha puesto desde el primer día delante de las locomotoras.

Pero eso es poco. Se discute como colaborar mejor a la guerra. Algunos han ido enrolandose en las milicias y hay que parar el entusiasmo ciego porque el trabajo puede resentirse. Se hacen reuniones de clásica estampa revolucionaria. Obreros armados discuten bajo la presidencia de los retratos de los líderes históricos del proletariado. Aunque se hayan desacreditado despues esta clase de reuniones, ni las de entonces, ni los hombres que las hacían merecen el menor reproche. ¡Hay que hacer mas! Esa es la preocupación general y los que tienen un sentido practico, que en esos casos el mas revolucionario, dan las soluciones. De los dos tipos de taller que tenemos saldrán dos clases de trabajo. En uno se blindarán trenes. En otro se comenzará a fabricar material de guerra.

Recibimos toda clase de apoyo por parte del Gobierno. Nos envían tecnicos militares y se comienza a trabajar inmediatamente..

Y a las dos semanas funciona el servicio con toda regularidad, se ha establecido contacto directo entre las fuerzas de la Sierra y el Ministerio de la Guerra. Se asegura el aprovisionamiento y la evacuación de heridos. Se han organizado las milicias. Se fabrica material de guerra y se prepara la dotación de un arma nueva, que tenemos el orgullo de ser los primeros en haber pensado en ella, y desde la que esperamos actuar con una eficacia irresistible.

El tren blindado... Nuestro secreto de guerra que guardamos cuidadosamente y vamos a visitar a hurtadillas hasta el fondo del taller donde obreros de confianza lo construyen.

!Cuando salga nuestro tren!

Pero se sigue repitiendo en todo instante: "Hay que hacer mas!"

Pablo DE LA FUENTE

LA LUCHA DEL PENSAMIENTO

La guerra actual está entablada entre dos concepciones filosóficas, no solo distintas sino contrarias.

De un lado tenemos la corriente llamada transpersonalista, que de igual forma que Hegel, dignifica al Estado como realidad de la idea moral que ha llevado al nacionalismo de nuestros días, que conciben el Estado nacional, su poder, su crecimiento, como la suprema de las razones terrenas, hasta el punto de que solo a merced de esta visión adquiere su contenido y logra sentido la moralidad individual.

La corriente individualista tiene como fin supremo la libre personalidad ética individual y el Estado y el Derecho no son mas que instituciones para su garantía ó seguridad.

La primera concepción vé al Estado como un todo y por consiguiente desde fuera, desde el punto de vista cósmico y así determina la política interna a tenor de las necesidades exteriores, mientras que el individualismo considera al Estado desde el interior y hace derivar su política exterior de la interna. Toma como dato imperativo la voluntad del poder del propio Estado y rehusa buscarle justificación más allá de las necesidades nacionales.

La segunda concepción, la individualista, coloca al Derecho y al Estado al servicio del individuo, primeramente al servicio de su bienestar, de la felicidad general, pero en última instancia al servicio de su determinación ó perfeccionamiento cultural. El orden jurídico cuida de que el hombre no tenga que emplear sus ojos incesantemente como centinelas o vigilantes, sino que pueda elevarlos a aquellos puntos en que para regocijo de sus sentidos ó de su espíritu le interese hacerlo.

A la posición transpersonalista o transindividualista pertenece Alemania y a la individualista los aliados. Según la posición de Alemania el fin supremo para ella es el Poder, mientras sus enemigos lo que desean es la Libertad, no buscan sino el po

der dedicarse al bienestar general, en lugar que tener que estar continuamente de centinela ante una posible agresión del exterior.

Esta misma posición transpersonalista, que descansa en gran parte en la doctrina de Nietzsche, hace que las escalas valorativas de ambas concepciones sean completamente distintas. Para ella, la esencia de todo ser vivo, incluso de todo ser, es poder es impulso, voluntad; no voluntad de placer y de goce, sino voluntad de acción, de superación de obstáculos, de apropiación de cuanto conserva y realza la vida, en suma, voluntad de poderío.

Así obtienen su tabla de valores. ¿Qué es bueno? Todo cuanto eleva en el hombre el sentimiento de poderío, la voluntad de poderío, el poderío mismo. ¿Qué es malo? Todo cuanto nace de la debilidad.

Todo los instintos que afirman y fomentan la vida, la voluntad de poderío, son para ellos buenos, sanos; todos los que tienden a menospreciar la vida son malos, enfermizos y revelan decadencia.

Así resultan dos tipos de moral, la moral de los fuertes, de los transpersonalistas, que desprecian la mano compasiva y dádiosa, el buen corazón, la paciencia, la laboriosidad, la humildad, la afabilidad; y la moral individualista que defiende todo lo contrario; no creen, los individualistas, que existan dos morales distintas, una para los señores que sea la expresión de los instintos fuertes, afirmativos de la vida, y una moral de esclavos, de los oprimidos y miserables, que sea por tanto la de los cansados, de los degenerados, de los débiles.

Mientras para unos la exigencia de igualdad, libertad y fraternidad alcanza el fin supremo; los otros, los transpersonalistas la niegan y consideran al judaísmo y al cristianismo de que en el mundo sean sus valores morales los dominantes.

Siguiendo la posición transpersonalista se vá a desembocar rápidamente a una posición ante la guerra. Consideran que la guerra no es una culpa ni una desgracia, sino que es una necesidad donde se llega a la mas plena realización de la virilidad. Consideran la guerra como un elemento del orden universal estatuido por Dios. Por lo tanto toda guerra es justa, pues no es la causa la que justifica la guerra, sino que toda guerra justifica toda causa.

Y uniendo el concepto del Estado como fin supremo con la escala valorativa de los transpersonalistas, la existencia de la guerra es el fin supremo, ya que en ella se logra la mayor expresión de la virilidad y se consigue al mismo tiempo que el Estado como tal ser aparezca de forma indudable para los hombres que lo forman. Desaparecen las expansiones de tipo personal que

van a pasar al Estado y a sus símbolos: la bandera, los escudos, los regimientos, ect. El poeta deja de ser lirico para ensalzar todo lo que representa el Estado y si tenia algún sentimiento individualista lo abandona para caer de lleno en el transpersonalismo. Aparece el Estado como la única esencia absolutamente valiosa y el hombre individual como una parte de esa esencia ó entidad estatal.

He querido demostrar que la lucha actualmente entablada entre Alemania y Francia e Inglaterra es una lucha cultural. De un lado se encuentra todo lo representativo de la cultura, entendiéndola como producto de los valores individuales del hombre, y de los valores culturales que hallan su realización cuando se imponen a la conciencia de los hombres como "normas que exigen una determinada conducta" y de otra parte la representación del Poder como bien supremo y de unos valores de la vida que "ninguna norma puede exigir una determinada conducta si no es favorable para la vida y para su conservación y desarrollo, no solamente de la especie humana, sino principalmente de la vida estatal".

José CAMPOS.

ESPAÑA

EN EL TORMENTO

Viene ahora como anillo al dedo aquella voz poderosa que levantó en sus días Quevedo contra la agonía que veía caer ya sobre la nación de Felipe IV cuando la gran monarquía creyó eterno su poderio:

Toda España está en un tris
y a punto de dar un tras...

Tres siglos han acumulado cenizas frías desde que el genio que vedesco gritaba así herido por la desolación hispanica. Toda España estaba en un tris, lúgubre tris que vuelve a presentarse ante nuestros ojos cansados por el panorama de la tragedia española. Toda España está en un tris y de norte a sur corre un insistente y pavoroso relampagueo de terror que amontona y reseca sangre inocente. ¿Qué avidez es esa de nuestros gobernantes jamás satisfecha? Hay una dramática calle española bajo un amanecer desvaído y en la que se suceden las filas de hambrientos sin término posible. Hay una noche tenebrosa de cárceles abarrotadas, de muros carniceros donde se confunden los primeros impactos a la luz dudosa del alba con los últimos gritos desesperanzados. Hay sobre todo una mujer, enloquecida que vaga por las plazas desiertas del drama clamando vanamente justicia a un tiránico poder sorrido como un bloque de piedra? Es leve la luz pero aún con ella reconoceréis la imagen de España. Y alrededor de este oscuro manantial de sangre derrotada bajo el signo múltiple de un crepúsculo de patibulos, todo el pueblo de España está en el tris de su tragedia, dividida en dos bandos la patria. De un lado el pueblo y de otro el fascismo. Y si ahondais ahí, en el infecto regazo de la loba, os salpicara una lucha de soberbias centelleantes multiplicadas en cada grupo, en cada fracción, en cada partido y partida, en cada haz. Andan ya las ranas pidiendo rey, el avaro capitalistas pidiendo sus intereses, el requeté sus fueros feudales, el clero su inquisición, y el fascista su revolución de ejecuciones a la luz de los cementerios. De un lado y otro, de todas las esquinas del reino sin rey y de estado sin paz, caen sobre el enano sangriento las quejas, no del pueblo barridas a fuego violento, sino la de las camarillas meretrices que le alzaron hasta el paves del caudillaje. "Todos del Conde a mi ver- se quejan por varios modos- y pues déj se quejan todos,- razón deben de tener! Quejas y aquejados acabaran en un día para que España deje para siempre de ser un largo cuarte, una cárcel, un cementerio sin fin.

DIALOGO DE LAS MADRES

Como dos almas vestidas de negro, las dos madres dialogan en el umbral de la puerta oscura.

-A mi hijo le llenaron la cabeza de falsas palabras, de himnos, de promesas y rencores. Le hundieron en el odio y le cerraron los ojos a todo lo que no fuese estas aborrecidas cosas. Un día le obligaron a llevar en sus manos inocentes un arma que defendía tales mentiras. Le dijeron que la hora había llegado, que el morir era un deber... A mí me dijeron que la muerte de mi hijo no tenía importancia. Se fué de mi lado con lágrimas en sus ojos que enturbiaban mi figura. Por cada una de ellas yo he derramado ríos de amargura que han enrojecido los míos...

-Al mío le habían enseñado a sentir el dolor ajeno, a no ser indiferente a la injusticia mordiendo la carne de sus hermanos. Las palabras que mejor lucían en su boca eran Libertad, Justicia. No pedía mucho... lo justo. Una mañana oyó un clamor que subía de la calle. Era la propia vida abriendo cauce entre la muerte. Se marchó alegre, como cuando de pequeño marchaba hacia la escuela. Me dió un beso y prometió volver antes de la noche... No volví a verle. Daría media vida por unas lágrimas para poder llorarle.

-Ni eso puedo darte.

-Mis ojos son pozos secos. El dolor me raspa las pupilas como si su recuerdo me arrojase a ellas arena encendida.

-Me han dicho que mi hijo murió por la Patria.

-¡Mentira! La patria de tu hijo era la del mío. Se han matado entre ellos... quizá el tuyo disparó su arma contra mi hijo. Posiblemente el mío apuntó sobre el corazón del tuyo. Los dos eran amigos. Los dos amaban a su Patria. Los dos estaban dispuestos a dar su vida por ella. Pero aquél que les hizo gustar la sangre... ¡esa sangre que se escribe con seis letras que los dos conocían!... ¡que la suya se les hiele en las venas y

[La tierra se niegue a recibirles!... ¡que los cuervos sean su tumba!

-Le llaman héroe. Yo preferiría poderle llamar hijo, y estrecharle entre mis brazos con mas amor que hoy lo hacen los limos. La Patria para mí era un jardín donde el mejor clavel era aquel hijo. Una mata de flores con éstas cercenadas es como un campo yermo. Un arenal estéril. Ganas me dan de salir a la calle y pregonar a gritos que cambio un héroe por un hijo, ¡por aquel hijo!

-A tu hijo le llaman héroe.

-Mi hijo hoy es un recuerdo bajo no se que tierra.

-El mío dicen que se fué por el Tajo verde. Se le llevó la esperanza.

-Quisiera ser gusano de la tierra y buscarle arras trándome por lo oscuro del suelo.

-Yo, pez estremecido entre las ondas suaves

-Hoy pasean su nombre escrito en los papeles. Pronuncian su nombre entre incienso y palmas.

-Al mío le han llegado a llamar "raza de víboras". ¡El!..!Un lirio en el jardín de España!..Tu puedes llevar orgullosa escrito su nombre en tu frente. Yo he de ocultar el de mi hijo como una vergüenza. El que mató a mi hijo es una gloria de la Patria, el que dió muerte al tuyo, un asesino. Tu luto: una noche estrellada. El mío, una caverna oscura. ¿Quién dispone las cosas? ¿Quién no venera la muerte de mi hijo? ¿Qué crimen cometió? ¿Qué hizo en su vida que no fuese para orgullo de su madre?

-La Patria eran tu hijo y el mío cogidos de la mano.

-Las de mi hijo se ofrecían como un regalo.

-¿Quién puso entre los dos una llama de odio para impedir el lazo?.

-Los de la mano fácil al golpe y la mordaza.

-Nada impedirá el alud invencible de la verdad. Como una inmensa campana de bronce la voz de las madres llegará a los rincones ocultos donde voces cobardes susurran maldiciones.

-Déjate mujer. Se va el sol llevándose el día, mas sin remedio, horas despues nos lo devuelve. Nada pue

de impedirlo.

-Día y noche con mi llanto.

-Noche y día con el mío.

-Tu pañuelo es mi pañuelo.

-Idénticas, las lágrimas.

-Dos hijos por el aire.

-Dos noches esperando

sobre las puertas del umbral oscuro como dos almas
vestidas de negro esperan.

Santiago ONTAÑÓN



62

NOTAS POLITICAS

La agresión de Finlandia ha descubierto la nueva línea imperialista del Estado soviético. Aunque se quiera justificar diciendo que se lucha por extender los beneficios de la revolución bolchevista, nosotros no encontramos disculpa. Primero, porque toda agresión imperialista ha ido envuelta de los mismos argumentos de "beneficiar" con la civilización etc. a los agredidos y, en segundo lugar, porque dentro de la teoría a que responde el Estado ruso eso se llama bonapartismo, y se condena por conducir a iguales desastres que los que dieron en tierra con el imperio de Napoleón.

Nosotros, víctimas de agresiones e invasiones también, expresamos nuestra simpatía al pueblo finlandés y nuestra condenación a los que hacen sentir las penalidades de la guerra.

Se enterró en El Escorial, y con mas pompa que a los reyes, al fundador de la Falange. Se ha querido. Se ha querido, paseando su cuerpo por España, en un marco disparatadamente excesivo para su personalidad, que las gentes olvidasen las dificultades de la vida y se impresionasen a favor de las doctrinas dominantes, si quiera fuese a fuerza de oír salmos y misereres por la radio. No lo han conseguido, y con el arma de ahora, el chiste, derrota toda la bambolla oficial lanzando sobre ese entierro el peso de todo su ridículo.

ISIDORO MAIQUEZ



Al tratar de describir en unas líneas la noble figura de Maiquez, no puedo sustraerme a una intensa emoción. Se trata de un hombre excepcional; como artista y como ciudadano; en su vida privada como en la firmeza de sus ideales.

Yo, actor, que durante tantos años he buscado inutilmente, una figura de nuestra escena que admita su comparación o que por lo menos reuniera estas condiciones cuyas en una proporción mínima, sin conseguirlo, no es de extra-

ñar que sienta por el genial actor una profunda veneración.

En todas las épocas y en todas las actividades se ha repetido constantemente con nostalgia la frase de Jorge Manrique: "Como, a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor". Esta reflexión melancólica, que no responde a una verdad casi nunca, es una realidad en lo que al teatro de hoy se refiere (No ha habido una época de producción mas ramplona y cursi, y donde el mal gusto impere en la escena con impunidad absoluta, como la que padece actualmente nuestra escena. No faltan autores jóvenes de inquietud e ingenio suficiente para esperar de ellos obras interesantes, pero éstas, o no se estrenan, o si llegan a ponerse en escena se montan faltas de una interpretación inteligente, por carencia absoluta de directores).

A fines del siglo XVIII, nuestra escena pasaba por un momento parecido. La chabacanería, el retruécano, la truculencia, eran reyes y señores del es-

cenario. El poeta Comella y sus imitadores, habían conseguido depravar el gusto del público, como un siglo después había de suceder con los cultivadores del astracán. Los actores, como todo intérprete en arte -hijos de las obras que interpretan- eran entes sin sensibilidad, afectados, envarados en sus movimientos y muy engreídos del falso arte que creían ejercer. Tal era la situación del teatro en lo que a autores e intérpretes se refiere.

Pero en este momento, providencialmente, surge Malquez y él solo revoluciona la escena por completo. Impone otra vez el teatro clásico español, alejado de la escena. Impone a Shakespeare. El teatro extranjero de calidad contemporáneo de su época y los valores dramáticos jóvenes de la España de entonces. A los actores les hace hablar y moverse con naturalidad desterrando del escenario la rigidez y el engolamiento, hasta quedar históricamente reconocido como el mejor director de escena de todos los tiempos (Esta escuela de naturalidad mereció muchas críticas en su tiempo, y todavía es motivo de confusión en nuestra época, porque se confunden los términos sinceridad y naturalidad. Lo que preconizaba Malquez y todavía ignoran la mayor parte de los autores, es que cada obra, según sea poética, dramática, cómica, trágica o fantástica, tiene una interpretación adecuada, es decir, unas veces poética, otras fantástica, cómica o realista según su género. Pero todas ellas han de ser sinceras con objeto de dar una impresión natural al público).

Acaba con los anacronismos en la indumentaria, vistiéndole las obras con arreglo a la época de cada una. Ennoblecía el espectáculo convirtiendo los corrales en testos. Dignifica al espectador popular, "el mosquetero", -el gallinero de hoy-. Suprime la costumbre pueblerina de que el gracioso salga a telón corrido a anunciar la comedia del día siguiente. Hizo imprimir los carteles que hasta entonces se venían pintando a mano. Prohibió vender frutas y piñones en la sala. Numeró las localidades.

Pero sobre todo lo que maravilla es su fuerza de voluntad para consigo mismo. Se ve rudo de modales, con una voz oscura y consigue llegar a corregir estos defectos a fuerza de estudio. Como los actores españoles de su época no le interesan como modelos, y sabe que hay en el mundo dos grandes artistas dramáticos, Kemble en Inglaterra y Talma en Francia se va a verlos y a aprender su dirección y no duda para

65

conseguirlo en vender sus alhajas y las de su mujer. En vez de imitarlos, que hubiera sido mas cómodo, como hoy hubiera hecho cualquier actor vertical, asimila todo lo que ha aprendido dentro de su recia personalidad. ¿Que mayor timbre de gloria para él que años despues dijera Kemble: "Maíquez aventajaba a cuantos la opinión señalaba como sus rivales". Y Talmá: "Maíquez aprendió de mí, pero en el Oteló y en el Oscar me supera".

Siendo tan interesante la personalidad de Isidoro Maíquez como actor, para mí tiene mas interes como hombre político, como liberal.

Es verdaderamente sorprendente que una profesión, que ha vivido siempre casi en la esclavitud, en un grado tal de inferioridad, comparada con las demas profesiones, sea, ademas de reaccionaria y servil, falta de todo instinto de conservación. En cambio en este gran actor, bien fuera por noble rebeldía, por lo acusado de su exquisita sensibilidad, o por el noble orgullo que le daba la conciencia de su propio valer, se da el caso contrario. Así, cuando recita los versos del "Pelayo", de Quintana, y habla de la libertad, no es solo el genio teatral el que habla es su conciencia la que grita. Es el único actor que siente con el pueblo, sumándose con él para luchar contra el francés, por lo que es conducido a Francia como prisionero, y cuando José Bonaparte, para utilizar su popularidad lo trae a Madrid y le señala una pensión, él, incorpora a su repertorio "Numancia" de Cervantes, haciendo de esta obra un arma política contra el invasor.

Otra de las facetas notables de su vida, por lo raras en su oficio, es la dignidad. Cuando se le censura en la prensa de una manera ruin o despectiva, surge el polemista que hay en él y termina siempre consiguiendo anular a su adversario, siendo el resultado de esto un mayor respeto para los actores.

Ya al final de su vida, enfermo, sabe dejar su casa, su tranquilidad, su ambiente y marchar desterrado, conducido como un malhechor, por no representar una obra mediocre que le impone la autoridad.

En la historia del Teatro en España ha habido solo un Maíquez, y el lema de su vida fue: "Patria y Libertad".

Edmundo BARBERO

CUADERNO DE POESIA

PABLO NERUDA

En 1935 los poetas españoles rendían un homenaje de admiración a Pablo Neruda. En aquella ocasión se decía: "Chile ha enviado a España al gran poeta Pablo Neruda, cuya evidente fuerza creadora, en plena posesión de su destino poético, está produciendo obras personalísimas, para honor del idioma español!"

"...este grupo de poetas se complace en manifestar una vez más y publicamente su admiración por una obra que sin disputa constituye una de las mas auténticas realidades de la poesía española."

Pablo Neruda ha escrito "Veinte poemas de amor y una canción desesperada", "Crepusculario", "Residencia en la tierra", "España en el corazón" y algunos libros más. Durante años permaneció fiel a la pureza independiente de su obra, pero la feroz guerra española lo inclinó decisivamente en favor de los que luchan por una sociedad mejor. "Hemos de vivir, ó de morir, pero viviremos ó moriremos al lado de los miserables, al lado de los pobres del mundo". Estas son sus recientes palabras. Actualmente, y representando al noble gobierno de su país, realiza en París una humanitaria tarea de ayuda a los expatriados de España.

De una carta a A.A.: "...ya he mandado más de tres mil republicanos a Chile; la guerra me persigue pero no me iré sin haber visto todo lo vuestro en mejor estado".

Nosotros, -republicanos refugiados en la Embajada de Chile en Madrid- declaramos en esta hoja de nuestra revista, nuestra mas alta estimación hacia el hombre y hacia el poeta que tan dignamente ha puesto su destino y el de su propia obra admirable.

I

Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos,
te pareces al mundo en tu actitud de entrega.
Mi cuerpo de labriego salvaje te socava
y hace saltar el hijo del fondo de la tierra.

Fuí sólo como un túnel. De mí huían los pájaros,
y en mí la noche entraba su invasión poderosa.
Para sobrevivirme te forjé como un arma,
como una flecha en mi arco, como una piedra en mi
honda.

Pero cae la hora de la venganza, y te amo.
Cuerpo de piel, de musgo, de leche ávida y firme.
¡Ah los vasos del pecho! ¡Ah los ojos de ausencia!
¡Ah las rosas del pubis! ¡Ah tu voz lenta y triste!

Cuerpo de mujer mía, persistiré en tu gracia.
Mi sed, mi ansia sin límite, mi camino indeciso.
Oscuros cauces donde la sed eterna sigue,
y la fatiga sigue, y el dolor infinito.

II

DEBIL DEL ALBA

El día de los desventurados, el día pálido se aso-
ma
con un desgarrador olor frío, con sus fuerzas en
gris,
sin cascabeles, goteando el alba por todas partes:
es un naufragio en el vacío, con un alrededor de
llanto.

Porque se fué de tantos sitios la sombra húmeda ca-
llada,
de tantas cavilaciones en vano, de tantos parajes
terrestres
en donde debió ocupar hasta el designio de las rai-
ces,
de tanta forma aguda que se defendía.

yo lloro en medio de lo invadido, entre lo confuso,
entre el sabor creciente, poniendo el oído
en la pura circulación, en el aumento,
cediendo sin rumbo el paso a lo que arriba,
a lo que surge vestido de cadenas y claveles,
yo sueño, sobrellevando mis vestigios morales.

Nada hay de precipitado ni de alegre, ni de forma
orgullosa,
todo aparece haciéndose con evidente pobreza,
la luz de la tierra sale de sus párpados
no como la campanada, sino mas bien como las lá-
grimas:
el tejido del día, su lienzo débil,
sirve para una venda de enfermos, sirve para hacer
señas
en una despedida, detrás de la ausencia:
es el color que sólo quiere reemplazar,
cubrir, tragar, vencer, hacer distancias.

Estoy solo entre materias desvencijadas,
la lluvia cae sobre mí, y se me parece,
se me parece con su desvarío, solitaria en el mun-
do muerto,
rechazada al caer, y sin forma obstinada.

III

ENFERMEDADES EN MI CASA

Cuando el deseo de alegría con sus dientes de ro-
sa
escarba los azufres caídos durante muchos meses
y su red natural, sus cabellos sonando
a mis habitaciones extinguidas con ronco paso lle-
gan,
allí la rosa de alambre maldito
golpea con arañas las paredes
y el vidrio roto hostiliza la sangre,
y las uñas del cielo se acumulan,
de tal modo que no se puede salir, que no se puede
dirigir

un asunto estimable,
 es tanta la niebla, la vaga niebla cagada por los
 pájaros,
 es tanto el humo convertido en vinagre
 y el agrio aire que horada las escalas:
 en ese instante en que el día se cae con las plu-
 mas deshechas,
 no hay sino llanto, nada mas que llanto,
 porque sólo sufrir, solamente sufrir,
 y nada mas que llanto.

El mar se ha puesto a golpear por años una pata de
 pájaro,
 y la sal golpea y la espuma devora,
 las raíces de un árbol sujetan una mano de niña,
 las raíces de un árbol más grande que una mano de
 niña,
 mas grande que una mano de cielo,
 y todo el año trabajan, cada día de luna
 sube sangre de niña hacia las hojas manchadas por
 la luna,
 y hay un planeta de terribles dientes
 envenenando el agua en que caen los niños,
 cuando es de noche, y no hay sino la muerte,
 solamente la muerte, y nada mas que el llanto.

Como un grano de trigo en el silencio, pero
 a quién pedir piedad por un grano de trigo?
 Ved cómo están las cosas: tantos trenes,
 tantos hospitales con rodillas quebradas,
 tantas tiendas con gentes moribundas,
 entonces, cómo?, cuándo?,
 a quién pedir por unos ojos del color de un mes
 frío,
 y por un corazón del tamaño del trigo que vacila?
 No hay sino ruedas y consideraciones,
 alimentos progresivamente distribuidos,
 líneas de estrellas, copas
 en donde nada cae, sino sólo la noche,
 nada mas que la muerte.

Hay que sostener los pasos rotos.
 Cruzar entre tejados y tristezas mientras arde
 una cosa quemada con llamas de humedad,
 una cosa entre trapos tristes como la lluvia,
 algo que arde y solloza,
 un síntoma, un silencio.

70

Entre abandonadas conversaciones y objetos respi-
rados,
entre las flores vacías que el destino corona y a-
bandona,
hay un río que cae en una herida,
hay el océano golpeando una sombra de flecha que-
brantada,
hay todo el cielo agujereado de un beso.

Ayudadme hojas que mi corazón ha adorado en silen-
cio,
ásperas travesías, inviernos del sur, cabelleras
de mujeres mojadas en mi sudor terrestre,
luna del sur del cielo deshojado,
venid a mí con un día sin dolor,
con un minuto en que pueda reconocer mis venas.

Estoy cansado de una gota,
estoy herido en solamente un pétalo,
y por un agujero de alfiler sube un río de sangre
sin consuelo,
y me ahogo en las aguas del rocío que se pudre en
la sombra,
y por una sonrisa que no crece, por una boca dulce,
por unos dedos que el rosal quisiera
escribo este poema que sólo es un lamento,
solamente un lamento.

IV

TRENES BLINDADOS

(A los camaradas ferrovia-
rios. Madrid, julio 1937)

En una noche de selvas
derrumbadas
por el lodo y el fuego,
el tren de mi padre,
veloz de tiempo y tierra,
atravesaba los meses australes.

Este es mi padre: rubio
capitan terrestre

11

echando piedras rotas
por la luna
de mi hemisferio, solo
entre las piedras.

La lluvia, el viento y
la granada negra
de las locomotoras
han caído en mi cara
como la ira y la lluvia
de nuestras descotadas
islas del Sur de América.

Hasta
que he visto
vuestros trenes de acero
y sacudida.
Hasta que he visto
hacerse de cuchillos
vuestras duras cortezas.
Hasta que sometidos
días
con resplandor de
hoguera humana
sobrevivían vuestras carnes
roidas
de esperanza

Lo que solo la pérdida
y la distancia rota
vestían de cadenas,
vienen con vuestros trenes
de energía y relámpagos.

Ahora
a entrar en las tinieblas,
a combatir, a gritos,
a llenar de profunda
velocidad sonora
el sitio defendido por vuestros corazones.

NOTAS DE LECTURA

INTRODUCCIÓN AL SIGLO DE ORO por LUDWIG PFANDL- La casa editorial barcelonesa Araluce, que es manantial inagotable de publicaciones de tipo reaccionario, magníficamente presentadas, tiene entre ellas una que titula: "Introducción al siglo de oro. Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII"

Escrita por el alemán Ludwig Pfandl, cuyos trabajos hispanistas le han valido ser correspondiente de nuestras Academias de la Historia y de la Lengua y miembro de la "Hispanic Society of America"; concienzudamente traducida y prologada por el sacerdote agustino Felix Garcia, pluma vehemente que guerra ahora, con escasa caridad cristiana, en las columnas vespasianas de "Arriba", ofrece no solo los encantos de un tema interesantísimo y sugeridor sino elementos de juicio y razones de sólida base para juzgar una época y unas tendencias de las que se quiere hacer al presente triste parodia.

El alemán Pfandl estudia el sistema de gobierno con sus once Consejos, maquinaria complicadísima en la que, solo de concesión real había sobre sesenta mil empleos y beneficios, y pinta sus procedimientos tortuosos de delaciones, la misteriosa actuación de los familiares del Santo Oficio, complemento fatídico de los terribles alguaciles de torva y venal policía, familiares entre quienes figuraba, buscando tranquilidad ó impunidad ó arma inviolable para sus delitos incluso criminales de la mas baja estofa.

Con notorio deseo de favorecer al original retrata la vida española de aquella época en todas sus manifestaciones: costumbres, indumentaria, lenguaje, ar-

te, literatura, educación, teatro, toros, baile, deportes, hogar y calles. El cuadro, entre indudables bellezas, tiene trozos que repugnan por su fealdad y sombríos tonos, porque en aquellos siglos de lo que pudieramos llamar época de oro, los vicios y las lacras se escondían bajo la capa hipócrita de la religiosidad y la ignominia se ocultaba tras del antifaz de un falso concepto del honor, bueno si, acaso, para producir impresionantes efectos teatrales en la escena.

En la estructura y el vivir de las clases sociales palpitan irritantes desigualdades y una bárbara ignorancia, y cuando el autor consigna, con un afán expurgatorio y con una sencillez que da frío, los tormentos inquisitoriales ó judiciales del cordel, el agua y la garrucha, creyendo con ingenua memez que el lector queda convencido de la tolerancia y humanidad de aquellos tiempos, se sobrecoge el ánimo ante la crueldad y roña de una España fanática, milagrera, que acaso en muchos casos de fingida devoción hija del miedo.

Y aunque la tendencia del historiador tudesco no admite dudas, a veces no tiene mas remedio que escribir cosas como éstas: "A pesar de la severa legislación del derecho matrimonial y de los graves conflictos que planteaba un caso de honor, mas o menos secretamente, como en todas partes, se rindió tributo al amor libre. No hay quien sostenga a su dama y no pare en el amor de alguna ramera, escribía en 1665 el viajero Antoinette de Brunel, - y lo mismo el rey que el burgués tenían tranquilamente su concubina. La ambiciosa princesa Ana de Eboli y la hermosa Maria Calderona tuvieron no pequeña intervención en los manejos y enredos políticos, en tiempos de Felipe II y Felipe IV: los hijos ilegítimos de los monar-

cas de entonces fueron, como lo atestiguan los dos Juanes de Austria, más fuertes, más sanos, mejor constituidos y dotados, que la mayor parte de sus hermanos legítimos. ¿Y que decir de lo que significa y representa el amor libre, la aventura amorosa, en la vida de un Lope de Vega y de otras vidas?"

Tampoco peca de suave la pluma cuando trata del desenfreno de los meretricios, de las enfermedades sexuales que en España llamaban fuego español y aniquilaban todas las clases de la sociedad, en especial las más elevadas.

De las amables costumbres cita, entre otros muchos casos, el del autor de una novela bucólica, don Gaspar Mercader, conde de Buñol, que porque un vagabundo le tiró de la cola de su caballo lo atravesó con su daga y después le cortó la cabeza, crimen que quedó impune, como tantos otros, que a diario se cometían.

Al hablar de las academias literarias, trata con interesantes detalles de una que es precedente de nuestra Noctambulandia y de la que, Selene mediante, me ocuparé muy en breve.

La obra de Pfandl, cuyo mérito proclamo, termina con atinadísimas consideraciones sobre Idealismo y Realismo y a este propósito presenta ejemplos como Murillo que pinta Concepciones y El Píjoso, Quijote y Sancho, Santa Teresa y la Ramera, Quevedo con su "Política de Dios y Gobierno de Cristo" y su "El Gran Tacaño", los Autos Sacramentales y las novelas picarescas. Señala en arquitectura la coincidencia del clasicismo, lo plateresco y lo barroco, y con indudable acierto, ya al final de su obra, dice: "Idealismo y Realismo son las dos caras, los dos grandes polos del alma española y su más bella y acabada expresión Cervantes."

Tal es el libro de un historiador reaccionario traducido por un cura agustino que, contra el propósito de ambos, nos convence de todo lo contrario de su intención.

A. de L.

CISNEROS por LUIS SANTAMARYNA- Siendo el cardenal Cisneros la figura más fuerte de nuestro Renacimiento, es induda-

dable que todo libro que a él se refiera ha de cautivar al lector.

Tres obras fundamentalmente realiza el Cardenal en sus treinta años de vida empezada cuando tenía alrededor de los cincuenta. Solamente de una trata Santamaryna algo ampliamente dándole valor a la visión del Cardenal: La Universidad y la Biblia Complutense.

De las otras dos, la primera obra realizada es la reforma monacal empezada en el año 1494 con la autorización del Papa. Sin la energía del Cardenal por aquel entonces simple confesor de la reina es casi seguro que no se hubiese logrado ya que fué la voluntad y energía de él la que logró conseguir la reforma en el clero y en los frailes que en Alemania no se logró siendo la causa inmediata de la Reforma.

Santamaryna en el capítulo que dedica a la reforma titulándolo "Reforma monacal" se refiere solamente, en el principio del mismo y casi de pasada a la Reforma de Lutero "se anticiparon quitándole el pretexto, a la otra, la de Lutero, el nuevo Elías, según sus paniaguados". Eso es todo lo que dice. Narra los pequeños accidentes que le acaecieron a Cisceros en tan magna empresa, sin hacer resaltar esta, sin darle el valor universal que tenía. Se para en pequeños detalles y desprecia la inmensidad de la obra.

La otra gran obra fué la lucha contra el poder feudal y tampoco intenta el autor hacer resaltar la importancia de este hecho. En el capítulo dedicado a su primera regencia solamente tiene un pequeño párrafo dedicado a la cuestión sin que haga ninguna otra referencia a la lucha planteada. En el capítulo de su segunda regencia habla de las revueltas de los nobles, pero no hacer resaltar cual es el problema planteado.

Estos dos son los principales defectos del libro, aparte de la prosa que muy llena de refranes y seudorefranes es desabrida y áspera, no penetra en el espíritu sino que cae en él como una ducha fría.

J. C.



